

IX

Su santa vejez y muerte.

Pero su mayor milagro fué su invencible caridad y paciencia, procurando infatigablemente la salud eterna de todos; por lo cual decia el Obispo del Brasil D. Pedro Leitan, que la Compañía de Jesus era en el Brasil un anillo de oro, pero que su piedra preciosa era el P. José de Anchieta, por lo mucho que resplandecia entre todos su caridad y celo: y aunque por el tiempo que fué Superior no pudo por sí mismo cuidar tanto de la conversion de los gentiles, ponía grande calor en ella, y por su diligencia y disposicion se convirtieron los maramosíos á la fe.

Tuvo este santo varon casi por toda la vida muchos achaques y enfermedades, principalmente á la vejez, por los cuales le descargaron de los oficios del gobierno. Llevaba todos sus dolores con increíble paciencia, de modo que los enfermeros se admiraban con la fortaleza de ánimo que los padecia, siendo grandísimos, y de la suma obediencia que tenia á los médicos y enfermeros en las curas y medicinas, aún en el tiempo que gobernaba la Provincia.

Una vez que habia tomado una purga, aquel mismo día le dieron á comer la carne cocida con una calabaza amarga, yerro del que cocia la olla: sintió el amargor en probando el manjar, y así comia con dificultad, que tras una purga era desabrida salsa aquella para despertar el apetito. Pensó el enfermero que del jarabe habia quedado al Padre debilitado el estómago y animábale á que comiese bien, porque la comida restituiria al estómago sus fuerzas. Él entonces, haciendo fuerza á la naturaleza, como si comiera con mucho gusto, obedeció al enfermero y tomó tambien una escudilla entera de aquel amargo caldo; despues preguntó si quedaba algo que dar á otros, y diciendo el enfermero que no, calló. Poco despues sintió su yerro el enfermero, y muy corrido volvió al Padre pidiéndole perdon, mas el santo varon con gran paz se le rió y dijo: «No me ha hecho mal, Hermano mio, antes me regaló, pues ha querido Dios que así gustase yo algo de las amarguras tuyas, cuando en la cruz le ofrecieron hiel y vinagre.»

Entre la grande falta de salud y entre la lucha de sus enfermedades, jamas se descuidó de aprovechar á sus prójimos, venciendo el brío y fortaleza del alma á la flaqueza de la naturaleza. Él mismo dice en una carta que escribió al P. Ignacio de Tolosa, en el tiempo en que se ocupaba en la enseñanza de los brasiles: «La salud del cuerpo es flaca, mas tal, que ayudada de las fuer-

zas de la gracia, dura; que Dios no falta, si primero no me dejo yo á mí mismo.

De manera, que aún en este tiempo andaba siempre peregrinando y dando vueltas á las aldeas de los brasiles, forzando al cuerpo flaco que ayudase á la enseñanza de los indios. Y si alguna vez, que no pudieron ser muchas, el cansancio del camino no le dejaba pasar adelante, paraba un poco y descansaba algo, segun costumbre de la tierra, en una red que los brasiles que le acompañaban colgaban de dos palos. Alentadas con aquel moderado descanso las fuerzas, proseguia luego su camino, y como valiente soldado de Cristo, ningun alivio deseaba más que trabajar infatigablemente en la salvacion de las almas.

En sus mayores males no tenia el pensamiento en su alivio, sino en el bien de los otros, ó corporal ó espiritual.

Estaba en la cama en el mismo colegio otro Hermano, que por la flaqueza de su estómago no arrostraba á ningun género de mantenimiento. Visitóle el P. José y preguntóle qué comida se le antojaba. Respondió que apetecia su estómago tocino magro ó unas lonjas de pernil: mandó el Padre que se pidiese al despensero; mas él respondió que no habia en casa tal género de provision. Fué el mismo santo varon á la despensa, y descolgando una cesta, en que el despensero guardaba unos peces asados, cortó un tarazon de uno, llevóle al enfermo, y llegó vuelto en un excelente pernil. Comióle el enfermo con mucho gusto y detúvole muy bien el estómago, y despues, quejándose al despensero de su escaseza, le preguntó ¿por qué le habia negado lo que despues el P. José le trajo por su misma mano? Él excusándose: «Para que conozcais,» le dijo, «si yo respondí verdad, y qué gentil pernil os trajo el P. José, yo os traeré lo mismo del mismo lugar.» Fué y trujo al enfermo otro pedazo cortado del mismo pez; pero al punto, con extraña admiracion del despensero, se mudó en el pernil que el enfermo apetecia: tanto favorecia Dios á su siervo, que aún, ausente, correspondia á sus deseos. Hízolo Dios porque el primer milagro de la primera conversion se descubriese con el segundo de la segunda, porque de otra manera quedara sepultado en el pecho de José, que solo lo sabia.

Añadiré otro milagro no desemejante al pasado. Tenia al santo varon en la cama una enfermedad como lo hicieron muchas en los últimos años de su vida, y al mismo tiempo estaba tambien enfermo un Hermano que, como el pasado, padecia notable hastío. Habíanle aderezado al P. José un pollo para comer; mas el siervo de Dios en el mismo plato en que se le trajeron, le envió en su nombre al Hermano enfermo, y mandó que le dijesen de su parte que le comiese, y que desde entónces no tuviese hastío ni trocase la co-

mida. El enfermo, con piadoso afecto de obedecer, fiado en los merecimientos del santo viejo, se atrevió á comenzar el pollo, y luego se sintió mejor, y en pocos dias convaleció del todo.

Deseaba un Hermano llamado Antonio de Ribera estar en el colegio donde estaba el siervo de Dios para servirle, regalarle y asistirle á sus enfermedades, y habiendo avisado de su voluntad al santo varon, no hizo diligencia alguna sobre ella ni le respondió cosa que tocase á su comodidad, sino sólo al bien espiritual de aquel Hermano, dándole tan saludables consejos, que me ha parecido poner aquí toda la carta para enseñanza de muchos, y es la siguiente:

«Hermano carísimo en Cristo. *Pax Christi, etc.* Yo sé que está bastante enterado del gusto que fuera para mí, por el amor que le tengo y el deseo de su aprovechamiento en la virtud, tenerle conmigo. Pero, pues Dios nuestro Señor ha ordenado otra cosa, trabajemos por vivir ambos unidos con él y hagámosle compañero nuestro, pues en todos lugares y en todos tiempos está con nosotros. Y si alguna vez con nuestros siniestros le ahuyentamos, queda con todo eso tocando á las puertas del corazon, para que abiertas entre y se aposente en nosotros acompañado del Padre y el Espíritu Santo.

»Hemos, pues, de procurar que no haya en nosotros lugar ninguno ajeno de su presencia, y que ninguna otra cosa ocupe la más mínima parte del alma. Es excelente aquella sentencia del Padre y Patriarca S. Francisco, que no quiere el demonio de nosotros más que un delgadísimo cabello que de éste intenta él luego hacer un largo y recio cabestro para atar nuestras almas y regirlas á su albedrío. Si alguna vez sola en alguna cosa, aunque pequeña, nos impele á seguir nuestra voluntad, de ahí nos lleva á otras, hasta que pospongamos la obediencia, que está, no en hacer nuestra voluntad, sino la de Dios, declarada por la voz del Superior. Si una vez tardamos en rechazar una fea imaginacion, aunque levísima, eso coge, y contento con ello, junta luego un ejército de representaciones más torpes, que unas sucedan á otras. Si una vez nos resfriamos en el cuidado de la oracion y aflojamos de la comunicacion con Dios un poco, luego insensiblemente nos mete en el alma un frio tan grande, que no sólo no sentimos gusto alguno de las meditaciones espirituales, sino que cobramos hastío de todos los ejercicios piadosos, y aún de la misma vida religiosa, y nos volvemos á la libertad de corazon y á los entretenimientos humanos.

»Así sucede sin duda, Hermano carísimo; por eso corra alentadamente al premio de la carrera, que ya tiene hecha gran jornada con el favor divino, y Dios sabe lo que le falta. Quizá es poquísimo, y el mismo Dios le dará ayuda y le acompañará: guárdese no se aparte de él, porque aunque en este ca-

mino le parezca peregrino, como antiguamente á los discípulos que iban á Emaús; pero á la voz de sus palabras arderá su corazon y redundará en su alma espiritual consuelo. Ya sé que por la bondad de Dios goza abundantemente de estos regalos espirituales, principalmente en la oracion, donde Dios le da el pan de los dones celestiales; y en aquel convite de los ángeles, en que Dios le hace plato de su misma carne.

»Y si alguna vez sintiere que desmaya el alma desamparada del consuelo divino y afligida con tibieza, sea su remedio asirle de la ropa y convidarle á su corazon con aquellas palabras: *Manè nobiscum, Domine, quoniam advesperascit, et inclinata est iam dies.* Quedad, Señor, conmigo, que cae la tarde, y se acaba el dia, y viene la noche de las tentaciones: y llegue entónces más frecuente que suele á la mesa celestial del Santísimo Sacramento con licencia de su Superior, porque confío en la virtud de aquel celestial mantenimiento, que cuando se levantara de aquella sagrada mesa, proseguirá con gran presteza el camino ya apacible y suave, hasta que llegue á la celestial Jerusalen.

»Hogariame que comunicase esta carta á esotro Hemano nuestro, porque tambien á contemplacion suya la he escrito. Porque querría que ambos á dos, y todos los que en la Compañía vivimos, estuviésemos llenos del Espíritu Santo que hoy, con tan gran milagro, bajando del cielo llenó á las almas de los Apostóles, para que esforzados con sus divinos dones, no hagamos jamas cosa que ponga en nosotros impedimento á su gracia; ántes ricos de nuevo con tan grande Amigo, y recibido dentro del alma tan principal Huésped, gocemos de la dulzura de su amor y de su amistad hasta el fin de la vida.

»Jesucristo con la Bienaventurada Virgen estén siempre con nosotros. Amen.

»De Riojaneiro y del mes de junio, hoy Domingo de Pascua de Espíritu Santo, año de mil y quinientos y ochenta y siete.»

Tales eran las cartas que escribia este siervo de Dios, llenas todas de espíritu y doctrina, porque de todas maneras quería hacer la causa de Jesucristo y ayudar á sus Hermanos.

Dieron los Superiores licencia al santo varon para que escogiese en toda la provincia del Brasil la casa que más le agradase para descansar en su última vejez. Mas, como hombre que ninguna cosa deseaba más que obedecer y trabajar por Dios, tuvo por ménos religion usar de esta licencia. Quiero poner aquí sus mismas palabras, sacadas de una carta para el P. Ignacio de Tolosa:

«El Padre Provincial, dice, me ha dado opcion de elegir la casa que quisiere, pero no me agrada tanta libertad, porque ésta muchas veces se junta con engaño y con peligro de desviar del camino derecho, porque ninguno

conoce lo que más le importa. Y fuera grande yerro, habiendo cuarenta y dos años entregádome todo al arbitrio de mis Superiores, querer ahora en estos últimos años disponer de mí por mi parecer. Todo me di á la voluntad del P. Fernando Cardinio, cuando partió por Rector del colegio de S. Sebastian. Ahora ha querido Dios enviarme por compañero del P. Diego Fernandez á esta aldea Reritiva de la colonia del Espíritu Santo á ayudar á los brasiles y enseñarles la doctrina cristiana. De mejor gana trabajo con estos que con los portugueses, porque á buscar á aquellos vine enviado al Brasil, y quizá fué traza de la divina providencia haber acompañado á un Sacerdote para meterlos la tierra adentro y recoger al aprisco de la Iglesia muchas ovejas perdidas, para que, ya que de otra manera no puedo alcanzar la corona del martirio, me suceda por lo ménos dejar la vida por mis hermanos en alguna peña de estos montes, entre las asperezas de los caminos y suma falta de todas las cosas, desamparado de todos y destituido de todo humano consuelo.» Estos eran los mayores deseos de su última edad en aquel admirable varon y fortísimo soldado de Cristo.

Cerca del año de 1592 vino á la Congregacion Provincial á la Bahía. En ella fué electo por Procurador el P. Luis de Fonseca, para pasar á Roma á dar cuenta de las cosas del Brasil, hombre de pocas fuerzas y de corta salud. Dió cuidado esta eleccion á un Padre del colegio de Pernambuco que no habia estado en la Congregacion y amaba mucho al P. Fonseca. Y escribió al P. José admirándose de que hubiese consentido en esta eleccion con tanto peligro de un hombre achacoso y de flaco natural; y, pues que ya era cosa resuelta, le pidió que por lo ménos le avisase si volvería. Respondióle José de manera que sin hablar de sí, defendía el acierto de la eleccion. «El P. Fonseca, dice, va adonde Dios le envia y manda que parta. Y aunque, cuando se embarcó para la Congregacion traía corta salud, mas en la misma navegacion, á vista de Pernambuco, estará ya mejor y traerá muy aumentadas las fuerzas; y, si bien con grande incomodidad suya, pero al fin llegará salvo adonde va enviado, y concluirá los negocios á su gusto y con aprobacion de todos, y de allí volverá adonde Dios le tiene señalado el fin de sus jornadas. Ahora, pues Dios lo ha trazado así, es necesario que nos ajustemos con su santísima voluntad.» Todo sucedió como el santo varon ántes lo había dicho, porque el P. Fonseca, mejorado mucho en su salud, pasó á Portugal y de allí á Roma, y acabados prósperamente sus negocios, habiendo llegado á Castilla, dió en Madrid fin á sus caminos y á su vida.

Volvió el santo Padre de la Bahía á la aldea de Reritiva á proseguir sus trabajos y ocupaciones, donde presto le fué necesario hacer cama; y una noche, como era tan caritativo y deseoso de socorrer á todos, se levantó á

aderezar un jarabe para un enfermo, que de esto tambien sabia; mas, como estaba tan debilitado de su enfermedad, de su edad y de los ordinarios y continuos trabajos en aquel oficio de caridad, cayó yerto y helado en el suelo.

Agravóse con aquella caída la enfermedad y le tuvo seis meses clavado en una cama con diferentes accidentes, ya más, ya ménos graves, siempre y con alguna disminucion de las fuerzas y aumento de la enfermedad. Ultimamente oprimida la naturaleza con la fuerza del mal y con la pesadumbre de la edad, desahuciado de mejorar con favor del arte médica, y perdiendo cada día las esperanzas de volver en sí, mandó el Superior que llevasen al P. José de la aldea á la villa del Espíritu Santo. Pero creciendo tambien allí la enfermedad, creyendo los nuestros que la esperanza de su vida estaba solamente en volver al primer clima, procuraron que tornase á la aldea de Reritiva, mas ya á la vida del P. José faltaba estambre de que tejer más larga tela, y no tanto las enfermedades y dolores llamaban á la muerte, cuanto la misma vida, que iba faltando, llamaba á las enfermedades y dolores.

El tiempo de premiar sus trabajos habia llegado, y parece que el santo varon alcanzó de Dios acabar su vida entre los brasiles que tanto amó, y en cuya instruccion é informacion en la virtud cristiana trabajó con tan verdadera caridad y tan fervoroso celo.

En volviendo á Reritiva, acometido de dolores nuevos y reforzados los antiguos, comenzó á sentirse peor, hasta que despues de tres semanas de su vuelta pidió el celestial Viático para aquella eterna jornada y la Extremauncion. Recibidos ambos Sacramentos, á poco rato y el mismo día comenzó á agonizar, y á los ojos de cinco Padres de la Compañía que residian en aquella aldea, dió su purísimo espíritu á su Criador, á nueve de junio del año de mil y quinientos y noventa y siete.

Tuvo tanto sosiego del alma y del cuerpo en aquel último trance, que no parecia que acababa la vida, sino que en atenta oracion, como solia vivo, se unia con su espíritu á Dios, á quien muriendo daba verdaderamente el alma. Tenía, cuando murió, setenta y cuatro años de edad y de religion cuarenta y siete, tres vivió en Portugal y cuarenta y cuatro en el Brasil:

Luego que se supo su muerte, le lloraron todos como á padre y veneraron como á santo, encomendándose á él más que rogando por él.

Vistieron el cuerpo con insignias sacerdotales, y cerrado en una arca de madera, en hombros de brasiles fué traído al Espíritu Santo con pompa funeral dos días despues de su dichosa muerte. Venia acompañando al difunto el P. Juan Fernandez, de la Compañía, vestido de alba y estola, y grande multitud de vecinos de Reritiva cantando fúnebremente. Sucedió por el camino un raro milagro que, siendo aquella jornada de catorce leguas, no sólo

no desmayaron de cansados los que llevaban en sus hombros el venerable cuerpo, pero más fuertes y más alentados que al principio, prosiguieron y acabaron el camino; experiencia que afirmó de sí mismo el P. Juan Fernandez, que hizo todo aquel camino á pié.

En llegando á un puesto que está sojuzgado de la misma villa, salieron luego á recibir el cuerpo el corregidor de la colonia, Miguel Aceredo, el teniente del Obispo, que tenía título de Administrador y se decia Bartolomé Simon, acompañado del Clero, los religiosos de S. Francisco, que tienen allí casa, los cofrades de la Misericordia con unas andas compuestas ricamente, y todas las demás cofradías con sus insignias y hachas encendidas y todos los vecinos de la villa.

Hallóse allí á este tiempo Juan Suarez, vecino de Piratininga, amigo muy antiguo del siervo de Dios, y por el amor y veneracion que siempre le tuvo, pidió al Administrador licencia para descubrir y ver el cuerpo del difunto, de quien vivo habia recibido por largo espacio de años tan sanos consejos y tan acertados avisos para concertar su vida. Ya Juan Suarez, no mucho ántes habia venido al Espíritu Santo y visitado al P. José enfermo, cuando peleaba con estos últimos achaques que le acabaron en la aldea; y al despedirse de su visita, le dijo el santo varon: «Hijo, adiós que ya no nos hablaremos más en esta vida, que aunque es así que vos me vereis aquí otra vez, mas será de manera que no pueda yo hablaros.»

Alcanzó Suarez lo que suplicaba del Administrador, y miéntras se ordenaba la procesion y los primeros se adelantaban, ántes que se pusiese el cuerpo en las andas de la Misericordia, se abrió el arca á vista de Juan Suarez y de otro grande número de hombres, y todos fueron testigos que del cuerpo no se esparcia al aire olor enojoso alguno, habiéndole desamparado el alma tres dias ántes, y no habiéndole preservado con remedio alguno de corrupcion, y viniendo en tan largo camino necesariamente muy golpeado. Entónces se entendió la profecía del siervo del Señor, que Suarez le veria otra vez en aquel mismo lugar, pero que no podrían hablarse.

Hízose desde aquel puesto hasta la villa una procesion, y los cofrades de la Misericordia llevaron el santo cuerpo hasta las puertas de nuestra iglesia, y allí le recogieron nuestros Padres.

Hicieron las exequias con tres nocturnos y con música de instrumentos el Administrador, y el Clero, y los Padres Franciscos. El dia siguiente le cantaron una solemne Misa, y en ella predicó el Administrador, y refirió muchas maravillas que Dios habia hecho por oraciones del santo varon, y no pareció demasiado á un hombre tan grave llamarle apóstol del Brasil y añadir otras muchas cosas que aumentaba la gloria de Dios y las alabanzas del santo Padre.

Hubo el dia antecedente en la procesion y éste en el sermon, grande copia de lágrimas; porque todos vivo le respetaban con extraño amor y muerto le lloraban con notable tristeza.

Estaba concebida tanta opinion de su santidad, que la gente olvidada de encomendarle á Dios, enviaba á aquella santa alma, como á bienaventurada, oraciones afectuosas por sus particulares necesidades. Diéronle sepultura en la iglesia de la Compañía en una capilla dedicada á Santiago.

Estaba su túmulo vecino al del P. Gregorio Serrano y aquí tambien se verificó otra profecía del siervo de Dios. Mandóle siendo Provincial que pasase del colegio de la Bahía al de S. Sebastian: el P. Serrano amigablemente le dijo: «¿Pues cómo, Padre, despídeme V. R. de sí?» De ninguna manera, respondió el siervo de Dios, y añadió en latin las palabras de S. Basilio á S. Crisóstomo: *Vade frater, non longa enim dies nos loco coniunget.* Vaya V. R. que no tardaremos demasiado en juntarnos en un mismo lugar. Fué el P. Serrano á S. Sebastian, y, mudado de allí al Espíritu Santo, habia muerto no mucho ántes, cuando juntaron á su sepultura la del P. José.

Pero nuestro P. General, Claudio Aquaviva, de gloriosa memoria, en el año de 1611, movido de la santidad del siervo de Dios acreditada con graves informaciones, mandó trasladar sus huesos, reliquias de aquella alma purísima, al colegio de la Bahía, metrópoli del Brasil. Allí elevado el cuerpo á un lado de la ara principal, es venerado de aquella noble ciudad, donde ha hecho y hace por su intercesion muchos milagros aquel Señor que honra á sus siervos en vida y muerte: especialmente han sanado muchos enfermos bebiendo el agua que toca á una reliquia de este gran siervo de Dios, del cual fué muy devoto y se encomendaba á él el angélico y santísimo H. Juan Berchmans.

Hace un elegante elogio de este grande varon Jacobo Damiano en el libro 5.º de su *Synopsi*, cap. XXIII, donde le llama inocente Adan; porque alcanzó á participar cuatro insignes privilegios del estado de la inocencia, si Adan no pecara; el dominio en los animales, la luz sobrenatural del alma, la firmeza de la voluntad en lo bueno, y tener el cuerpo exento de la jurisdiccion de la muerte.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Sebastian Baretario, en cinco libros de excelente estilo latino, fuera de los *Anales é Historias de la Compañía de Jesus*. Púsola en romance el P. Estéban de Paternina. Del mismo santo varon escribe Juan Burgesio, libro de *Patrocinio Virginis in Societatem Iesu*.

P. NIEREMBERG.